



www.loqueleo.com

© 2013, Liset Lantigua

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-413-8

Derechos de autor: 044510

Depósito legal: 005165

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2013

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Marzo 2017

Décima impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de la portada: Gabriel y Paola Karolys

Actividades: Liset Lantigua

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Me llamo Trece

Liset Lantigua



loqueleto



*A mis alumnos del año 2012-2013,
cómplices de esta novela
y de momentos inolvidables.*



«Contigo la muerte fue anterior y efímera».

JOSÉ LEZAMA LIMA

Índice



Palabras preliminares o prólogo o introducción	13
Uno	19
Dos	23
Tres	31
Cuatro	37
Cinco	43
Seis	51
Siete	61
Ocho	73
Nueve	85
Diez	95
Once	103
Doce	113
Trece	123
Cuaderno de análisis	131

Palabras preliminares o prólogo o introducción



Desde que tengo memoria del colegio me llamo Trece. Nada tiene que ver con que haya nacido un trece de marzo. Se trata más bien de una especie de dicha o desdicha que vino conmigo ese día, el de mi nacimiento. Dirán que es un enredo este asunto de la dicha y de la desdicha, como si las dos cosas pudieran ir juntas, como si se pudiera ser —al mismo tiempo— pasado y futuro, azul y violeta, armario y ventana (ver exámenes de ingreso a universidades, preguntas de opción múltiple); pero lo absurdo, lo más irracional de todo, es que sí se puede, y es lo que intentaré contar en este trabajo que la señorita Mery Vaca me ha obligado a escribir desde que me negué a responder cuando tomaba lista (en el curso soy el número 13), porque la culpa de mi apodo la tiene ella y, aunque con el tiempo lo he asimilado, me molesta responder como si no tuviera otra imagen de mí mismo que ese «aquí» sin vida. Quizá porque la existencia de un número es tan nula como puede serlo el rito por el cual se sabe quién no vino a clases, aunque solo se trate de pasar un reporte, porque todos sabemos (y usted mejor que nadie) que no les importamos. Prueba de ello es su propensión a llamarnos a algunos por ese orden correlativo tan respetuoso,

eso sí, porque nos trata de usted: «Usted, Uno, pase al frente». Y el Uno pasa al frente con su fusil. Conmigo las cosas han sido como con muchos otros que no se llaman Trece, sino Tres, o Cinco, o Diez, o Uno; solo que no es lo mismo amplificar la voz en la biblioteca o en la cancha o en la cafetería para llamar al Diez que para llamar al Trece, por ejemplo, como ocurrió la primera vez que osó —como usted dice cuando informa nuestras fechorías— usar mi número y no mi nombre para darme una orden frente a todos.

14 Ese día había llovido y estábamos amontonados cerca del comedor, bajo el techito del bar. Su voz caló la lluvia como un cuchillo de hielo, y hubo risas contenidas y carcajadas posteriores pero yo sentí ya, en ese instante, que el crimen no había sido perfecto: usted quedaba inscrita como la responsable de lo que estaba por venir. Porque ese «Trece» vibrante que le movió el copete no era el mismo trece de la lista. Era yo en usted, yo en el mundo, era la parte visible de mí que usted había bautizado con la lluvia que caía y con su determinación a cuidar la higiene del plantel.

Después solo podía esperarse que al interesante del Curuco se le ocurriera decirme Trece, como lo hizo por primera vez ese mismo día, justo en el cambio de hora, y como para colmo era viernes, la Samy Cepeda explicó la maldición de los templarios, esa historia que tiene a Occidente todavía nervioso por cada viernes 13 del calendario. Los demás, como en cualquier manada, siguieron al Curuco, y fui Trece en todo, hasta en las agendas escolares que tienen lugar para los cumpleaños; pero eso no cambia mucho el hecho de que usted siga siendo la principal responsable de que después de mi «aquí» se escuche un coro de «trece»

que al parecer solo usted no oye, porque sigue cantando los números de la lista como si nada.

El caso es que yo me cansé de existir justo en ese momento, en ese maldito momento de la lista, porque la señorita Mery Vaca es la única que toma lista. Para ella es importante acomodarse los lentes y comenzar a leer esa lista de conscripción impersonal —ni siquiera se sabe nuestros nombres, a lo sumo algún apellido— y por eso, solo por eso, aquel día en el recreo me dijo: «Trece, recoja ese papel del pasillo, por favor», como quien dice Torbaldito o Teodoro o Tomás Newton, y para mi mala suerte los demás —y el Curuco— la oyeron y se mordieron la lengua para no decirme Trece frente a ella, pero desde ese día dejé de llamarme Antonio, al menos para esta gente, porque en mi casa me siguen diciendo Antonio las poquísimas veces que están para hablar conmigo.

Nadie paró bola a mis quejas. Hablé con Delio Cafetera —como le dicen al director— y me ignoró cual una auténtica cafetera, al tiempo que me daba palmadas en el hombro como si yo fuera simplemente un número. «Vaya, mijito, vaya», murmuró sin darle la menor importancia a lo mío, como quien hubiera tenido que resolver apodos más humillantes a lo largo de su vida. En ese entonces tenía 13 años, era difícil llevar la identidad a secas, no se diga con el peso de una mochila que cargaba la mala reputación de un número. Lo de ahora sorprendió a unos cuantos que no esperaban que a estas alturas me metiera en un lío con la Mery Vaca, pero así es la vida. Sé que a veces no respondo a tiempo cuando me dicen Antonio solo porque tengo el Trece en la cabeza y me confunde que alguien no lo use

15

(lo de la Sofi se sabe que no cuenta, porque ella ha seguido llamándome por mi nombre), pero hay un instante, un momento para el estallido, un día en el que se activa el instinto por el que el león de Madagascar se quiso comer a la cebra.

16 En fin, me negué a responder en la clase y la señorita Mery Vaca me dijo que dejara de hacerme el mudo. Y yo alegué que de cuándo a acá un número tenía que responder «aquí» o «allá» o lo que fuera. Y ella se quedó mirándome bastante extrañada, volvió a acomodarse los lentes y pudo encontrar, entre los rugidos que le llenaban el pecho, unas palabras para preguntarme «qué me creía», y «quién creía yo que era», y «cómo me atrevía, atrevido-grosero». Todo eso me dijo y yo no respondí porque a esas cosas sé que no se debe responder, y porque en verdad eran preguntas demasiado difíciles, es más, me atrevería a asegurar que nadie, ni el mismo Newton, hubiera logrado respuestas para cosas así sin ser expulsado automáticamente del cole aunque estuviera a punto de graduarse.

Debo decir, en honor a la verdad, que la Mery Vaca estaba «como un trueno reventando de fragor», como decía un poema que estábamos estudiando, y me llevó a la salita de la cátedra de Literatura como se lleva a un delincuente que acaba de robar un banco o una ferretería. En fin... Me ordenó que me sentara y cuando pudo calmarse me dijo que cómo era posible que un muchacho «taaan» educado como yo se atreviera a comportarse así. Le expliqué las cosas, el problema del trece, el maldito trece que es un número de mala suerte, que me molesta, que me cae mal que me digan Trece por culpa de aquella vez en que ella me llamó

Trece en medio de una orden, y repetí la historia del papel del pasillo y ella ni se acordaba... Y bueno, que a veces tenía ganas de no ser yo, de cambiar de nombre, de apellido, de número de la lista y de colegio. Y la conclusión de la Mery Vaca fue que yo —un muchacho «taaan» inteligente y «taaan» educado— me encontraba con problemas de identidad, y que mejor lo resolvíamos con una redacción en la que tratara de explicarme «quiénmismosoy» y «cómoesmivida» (como si ella no supiera que lo que más me gusta del mundo no es precisamente mi vida, al menos no esta vida de ahora), porque los mejores psicólogos recomiendan eso cuando las personas llegan con esta clase de conflictos a sus consultas: una carta, un cuento, una narración tipo documento confidencial para decir por qué uno guarda ciertos rencores, por qué detesta a Barney, por qué le teme a los Teletubbies, por qué siente pena por la bruja de Hansel y Gretel, y por qué se siente solo, invisible, perdido, aunque esté rodeado de multitudes que no dejan de clavarle los ojos y aunque tenga a mano el mapa de la casa con todos sus escondites.

Y aquí estoy, intentando encontrar la punta del hilo en alguna parte de mi memoria, porque lo más complicado de mi vida no soy yo mismo, pero no puedo hablar de mí como si fuera otro. No tengo más remedio que empezar esta redacción que debe ser larga (según la profe), y puede ir con dibujos o fotos (también me dijo eso pero ni loco caería en la ridiculez de pegar mis fotos aquí, además de que a algunas no me gustaría volver a verlas), y debo entregarla («sin falta, ¿me escucha?») el 13 de junio (no es ironía ni broma, ese mismo día, ni más ni menos).



Y como no quiero más problemas con la Mery Vaca, he decidido empezar, lo cual no significa que sepa por dónde, claro, pero al menos hay algo que no voy a poder cambiar, y es el hecho de tener que escribir mi propia vida para ver si así logro saber quién soy, porque al parecer estoy tan perdido como el tesoro de Atahualpa, o como la vergüenza y los otros valores que la Mery Vaca dice que en este tiempo han desaparecido por culpa del Internet y los celulares y los juegos electrónicos.

18 En fin, no doy más vueltas. Empiezo en este mismo instante, después de romper esta tontera que he escrito y que la profe no debe leer por nada, porque me mataría en un dos por tres con su mirada exterminadora, repleta de sensores para detectar el calor de los cuerpos de sus alumnos invisibles.

Lo que sé de eso que los biólogos llaman «origen», en este caso mi origen —que, obviamente, no le importa a los biólogos—, es un cuento demasiado largo del cual pienso omitir lo más que pueda por el bien de la señorita Mery Vaca, que seguramente tendrá otras ocupaciones además de leer mi historia, y porque la mayor parte resultaría un invento debido a que no me acuerdo de todo. Lo que he llegado a saber por mí mismo, gracias a la abuela y a los hallazgos que he ido haciendo en el sótano, sigue siendo un rompecabezas en el que no quiero ponerme a pensar. Entonces esto se convertiría en un novelón y no tengo intenciones de ser escritor, a menos que se me ocurra algo tipo *Harry Potter*, con lo cual resultaría muy poco original a estas alturas. Y bueno, esto viene siendo un deber del que no me puedo librar porque le falté al respeto a la profesora y porque necesito —no lo olvides, Antonio—, necesito graduarme.

Debo aclarar, además, que mucho de lo que voy a contar me lo contó la abuela Esmeralda, y que su principal *hobby* era contar historias porque para ella hablar del pasado era llenar la casa otra vez con los que habían muerto.

Cuando la abuela contaba las cosas, la ciudad se volvía más lenta, más silenciosa, como si regresara a épocas en que los carros andaban despacio y eran pocos. Lo cierto es que un día, cuando yo tenía seis años, ella me tuvo que aclarar algunas dudas. Por ejemplo, por qué en la casa vivíamos ella y yo solos, y no ella, yo, un papá y una mamá como en la casa del Curuco, que era mi vecino.

20 Ese día, la abuela había hecho un pastel por su cumpleaños y llevaba un chal que ella misma había tejido con hilos verdes. Yo le dije que ese chal se parecía al césped, recuerdo, y ella me explicó que el verde era la esperanza, como su nombre, que también era verde. Y se dio a la tarea de contarme una historia de cuando en el pasado los traficantes de esmeraldas y los piratas daban la vida por esas piedras, y que ella debió ser una princesa en otra vida, y que seguro la cubrieron de piedras preciosas los pretendientes que debió haber tenido por allá, en las vidas aquellas... Yo no entendía eso de «otras vidas» que a la abuela Esmeralda le parecía natural. Con el tiempo fui dándome cuenta de que para ella sus vidas anteriores eran la prueba de que había vivido todo lo que una mujer hubiera querido vivir, y que por eso aceptaba la vida esta, un poco aburrida y muy sola, porque a la abuela y a mí durante muchos años no nos visitó nadie, hasta que llegó la visita que ella hubiera evitado eternamente —acaso con miedo y con angustia—, y yo lo mismo. Pero ese es otro asunto.

El caso es que la abuela me contaba que en otra vida había sido trapecista en un circo, y que en el acto más esperado de la noche caminaba por la cuerda floja y se mecía en un columpio cerca del techo de la carpa, y que por un

agujero podía ver la luna. También decía que en otra de sus vidas había sido enfermera de guerra, y eso no era tan lindo como lo del circo porque ella ni siquiera tenía el valor de contar los horrores que había visto. A veces hablaba de cuando fue princesa egipcia, y misionera en la India, y cocinera en una isla del mar Caribe en la época de la Colonia.

Esa noche, la abuela hubiera preferido hablar de sus otras vidas, lo sé; pero la vida que nos ponía en la realidad en la que estábamos ella y yo celebrando una fiesta de cumpleaños sin regalos, me llevó a preguntar lo que la abuela no quería poner en palabras. Eso, la explicación de mi origen, el porqué de la soledad y de nuestra casa llena de fotos viejas; por qué ella y yo, y no ella y yo y una mamá joven y un papá. Entonces la apagada de la vela quedó para más tarde y lo cierto es que todavía estaría encendida si no fuera porque las velas duran menos que las mariposas —como dice la Sofi cuando intenta probar que las mariposas no viven tan poco como cree todo el mundo—, porque esa noche la abuela tuvo que sentarse a explicar una a una las cosas que yo necesitaba entender.

Si piensan que voy a contar la historia del chico de la canasta abandonado en la entrada de un templo, o en la puerta de la familia rica, o en un orfanato de provincia, están en otra. La historia está llena de casos así: gente que nace y es abandonada enseguida o más tarde, y alguna mano buena los guía y los ampara hasta que llegan a ser presidentes, científicos, magos o dueños de un supermercado. Por un momento, cuando la abuela Esmeralda se desplomó en el sillón y puso el chal a un lado, dobladito, como para ganar tiempo, yo me vi en un tacho de basura llorando a



gritos, bajo una lluvia a punto de ser nieve; pero ella se encargó de calmarme cuando sintió mi angustia de huérfano sospechoso de la horrorosa historia que lo recuperó de las fauces de un lobo en la noche de su abandono, y la primera cosa que me dijo fue: «Cálmate, no es grave, ven, siéntate aquí, las cosas no son tan terribles...», y carraspeó como hacía siempre que tenía que empezar a hablar de cosas terribles. Ese era el cumpleaños número 62 de la abuela. Lo que me contó aquella noche fue casi todo lo que yo necesitaba saber acerca de mí mismo: mi origen y mi suerte. Y lo que he hecho desde entonces es enlazar los acontecimientos con la historia que la abuela narró como quien suelta de golpe todo lo que tiene que soltar antes de morir, o quien deja de una vez el peso de toda una vida, que no es la vida de cinco siglos antes o su existencia prehistórica, no. Es la vida del presente, la única, la definitiva.

Después de eso, ni el pasado egipcio, ni su supervivencia a la piratería como princesa forrada en esmeraldas la hacían mejor que la que estaba siendo en esa noche para mí: una anciana capaz de luchar con todas sus fuerzas por tenerme a su lado.

Esa era mi abuela, con un nombre verde como el césped, ligera y delgada, llena de fantasías y de ilusiones, atenta a la vida de los helechos y de las orquídeas, al clima, a la felicidad ajena, preocupada por las fechas importantes, tejedora de chales, enamorada de la historia de esta ciudad, de sus calles empedradas y sus cúpulas; un poco actriz de circo todavía, y cocinera, y enfermera, y princesa egipcia, romana, inca, africana, china, maya y azteca... En fin, una princesa para todos los tiempos.

Si «quien sabemos» leyera esta cosa diría que no he contado nada, como le dijo a la Samy Cepeda cuando tuvo que escribir un cuento a partir de un comienzo que ella misma (la Mery Vaca en persona) se había inventado: «Había una vez un país en el que todos eran felices». A todos nos tocó un inicio del tipo: «Había una vez tal cosa». Un lobo que era muy feroz, una bruja muy mala, un príncipe que se convertía en bestia, y cosas así (la Mery Vaca no es una profe muy original que se diga); y cada uno se sentó a contar lo que sabía desde los cuatro años acerca de la Caperucita Roja, o la bruja de Hansel y Gretel, o la Bella y la Bestia.

Recuerdo que al Curuco le tocó escribir sobre los tres chanchitos y como no se acordaba de nada, al pobre no le quedó más remedio que inventar una historia que resultó ser un cuento de horror con el cual la Mery Vaca mandó a llamar a sus padres, porque en la historia de «Los tres chanchitos por el Curuco», los chanchos no eran hermanos —en primer lugar—, eran demonios del mal, aunque él mismo no los hubiera llamado demonios, sino la Mery Vaca.

En realidad, uno de los chanchos era un gordo devorador de pasteles y gobernaba un planeta llamado Chocopla-

netoide 15-03 en el que sucedía la cosa; otro era un monstruo que se convertía en poste de luz y cuando la gente pasaba recuperaba su forma de chanco verdoso y peludo y se los comía con todo lo que llevaran puesto, incluso con bicicletas y paraguas. Y el tercer chanco era un hipnotizador que obligaba a las personas a cumplir su voluntad en la plaza de un parque, la gente terminaba doblegada y sumisa ante la cara de chanco inocente del chanco, abanicándolo y regalándole dinero y comida. Eso era todo. La verdad es que estábamos en séptimo grado (recordemos que la Mery Vaca ha enseñado de pre-kínder a bachillerato de manera aleatoria, según la necesidad de la institución) y a todos nos gustó el cuento del Curuco, que nunca había escrito nada bueno; la cosa es que fue la profe quien entró en pánico. Llevó al Curuco a la Dirección y entre ella y Delio Cafetera hicieron que el pobre firmara un papel en el que juraba no haber copiado el cuento de ningún libro.

Acto seguido, llamaron a los padres del Curuco y a la señorita psicóloga, que en aquel entonces era delgada: la Adelfa Loma, quien por todo diagnóstico «emitió» —como dijo el Curuco cuando contó su versión de los hechos— un informe en el que decía que el alumno Alberto del Monte, alias Curuco, daba señales de depresión y que, en otras palabras, estaba mal de la cabeza por haber escrito ese cuento lleno de horror y violencia. Conclusión: el Curuco estaba loco por ver tanta televisión y por las discusiones de sus padres que siempre estaban a punto de separarse. El Curuco al final dijo que él no podía escribir el cuento de «Los tres chanchitos» porque no recordaba haberlo leído. Nada, ya era muy tarde, desde ese día ha tenido reuniones todos los miércoles con la Adelfa

Loma (que ahora es bastante gorda), quien por toda terapia lo hace dibujar a su familia y después se dedica a observar cada trazo, cada muñeco llamado papi, mami, yo, cada árbol: si tiene hojas, si está pelado, si tiene frutos, si es de noche o de día, si el sol es grande o chico, si llueve, todo, hasta el mínimo detalle con lupa y microscopio si es preciso.

Y como el Curuco ya entendió la cosa y está cansado de los análisis de la Adelfa Loma, dibuja más o menos un palacio con un rey que es su papá y una reina que es su mamá, y un príncipe que es él sobre un caballo blanco; y por eso están a punto de decirle que ya no vaya, porque últimamente la Adelfa lo felicita y le dice que ha mejorado muchísimo. Todos sabemos que el Curuco a veces no duerme por los líos que tienen sus padres, que se van, que se quedan, que se halan los pelos, que lanzan las cosas por la ventana, que se perdonan, en fin... un problema de toda la vida llamado matrimonio; pero eso no le impide hacer lindos dibujos. Yo digo que a este paso podría llegar a ser pintor si no fuera porque muy pronto se le van a acabar las consultas con la Adelfa Loma. El caso es que todo debió terminar con el enorme rollo del cuento del Curuco, pero en la clase siguiente la Mery Vaca pidió que los que no habían participado leyeran el suyo y la Samy Cepeda fue el blanco de las críticas cuando compartió su cuento en el que no sucedía nada.

En ese tiempo la Mery Vaca estaba empeñada en probar que todos teníamos problemas psicológicos y que los expresábamos en su clase, la más apta para la detección de los trastornos de personalidad de sus víctimas. Esta vez la Samy fue la acusada, por fortuna para ella, sin éxito para su acusadora. Resulta que a ella le tocó el comienzo menos